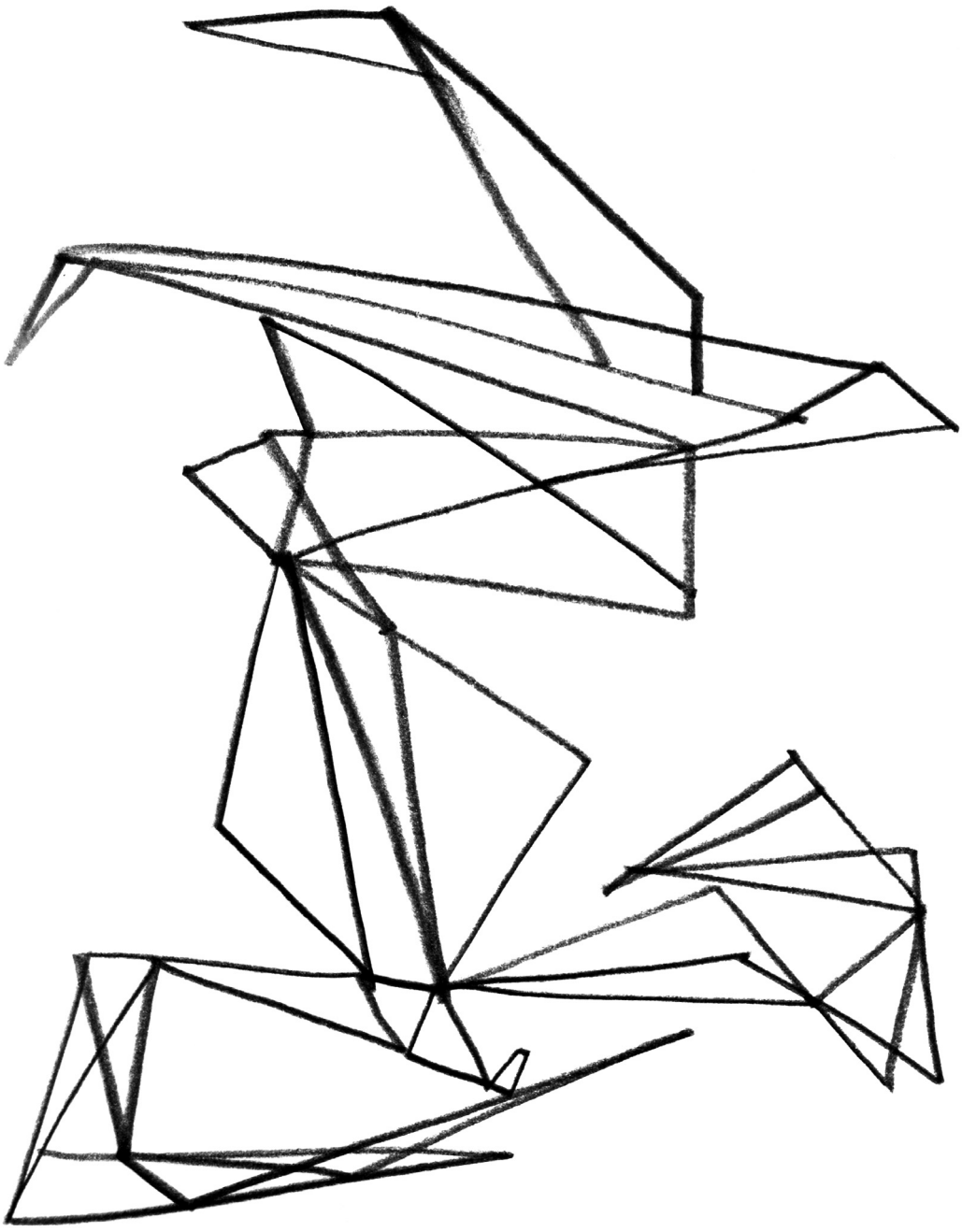
BAMBALINAS



Cueva de Montesinos

Un "pastiche" teatral sobre *Don Quijote de La Mancha*

La presente obra es un proyecto del Bachillerato de Artes Escénicas de Logroño. El texto, colectivo, diseñado como pastiche de textos propios y ajenos, no solo cervantinos, pretende dar una imagen cercana pero fiel de la Segunda Parte de El Quijote con motivo del 400 aniversario de la obra del escritor y de su fallecimiento.

Esta obra forma parte de las actividades que se programaron con el propósito de ser mostradas en Artefacto, la muestra de Arte Joven de 2015 impulsada por La Gota de leche, y pretende ser un mero botón de muestra de la creatividad que desde las escuelas de artes escénicas, ahora en crisis existencial (porque su existencia pende de un hilo), merece el reconocimiento de las instituciones públicas.

Personajes

Constanza
Catalina
Miguel de Cervantes
Cide Hamete Benengeli
Bachiller Sansón Carrasco
Caballero del verde gabán
Don Quijote
Sancho
Camacho
Basilio
Quiteria
El cura
Primo
Montesinos
Durandarte
Belerma y sus doncellas
Dulcinea
Doncella de Dulcinea

Coro Tip y Coll

Canción

En un lugar de la Mancha,
De cuyo nombre no queremos acordarnos
Vive un hombre cuyo nombre
Vive un hombre cuyo nombre
No queremos acordarnos
Quijote: Dicen que no quieren acordarse
Sancho: Sí, sí, lo que pasa en que son unos incultos
Quijote: O que tienen falta de ignorancia, amigo Sánchez
Sancho: Sánchez, no, Sancho
Decid, decid, cómo se llaman
Decid, decid vuestras Mercedes
Quijote: Dicen que nos llamamos Mercedes
Sancho: Como la reina Cristina
Yo soy Sancho Panza
Quijote: Yo soy D. Quijote
Él es Sancho Panza
Él es de La Mancha
Él es de La Mancha
Él es de Albacete
Sancho: Penetrad, señoras doncellas
Mi señor va a hablar
Su señor va a hablar
Vamos a escuchar
Su señor va a hablar
Vamos a escuchar
Quijote: Yo soy D. Quijote, bellas criaturas, el de las piernas de bronce, el de la Triste Figura
Qué piernas tan cortas tiene D. Quijote
Qué piernas tan cortas tiene D. Quijote
Le nacen las piernas
Del mismo cogote

Plaqueta de cine
Madrid, calle del León, 1614

CONSTANZA: Miren, tíos lo que acaba de salir de la imprenta *(le da el libro a Miguel, quien empieza a leerlo poniéndose airado)*.

CATALINA: ¡Claro, tenía que ser, y tú durmiéndote en los laureles!

MIGUEL: *(leyendo)* "Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas".

CATALINA: Muy listo ese tal Avellaneda, lo raro es que no haya escrito él también la segunda parte de *La Galatea,* porque si esperamos que tú…

MIGUEL: Fíjate, empieza diciendo que su prólogo será "menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su primera parte puso Miguel de Cervantes" que uno de los medios que tomó éste para atacar los libros de caballerías fue "el ofender a mí y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, o con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar".

CATALINA: Diáfana alusión a Lope de Vega, sin duda, todo el mundo sabe cuánta es la envidia que le tienes.

MIGUEL: Dice que su segunda parte está amenizada "con las simplezas de Sancho Panza, huyendo de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntariosos".

CATALINA: O sea, que ese tal se ha sentido aludido en tu Quijote. Dime, ¿lo conozco?

MIGUEL: Será... pero si se atreve a llamarme viejo, mal contentadizo y murmurador y ahora hace juegos de palabras con mi mano herida o anquilosada de escritor… ¡Esto no va a quedar así, Catalina!

Prólogo a la 2ª parte

MIGUEL: (*escribiendo*) "¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él

venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento, que, puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya…".

CATALINA: ¡Constanza, hija, corre presto a llamar a este tal Cide Hamete Benengeli! Que, o mucho me equivoco, o tenemos nueva historia.

MIGUEL: Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros…

CONSTANZA: Ya voy, tía.

MIGUEL: He sentido también que me llame invidioso y que como a ignorante me describa qué cosa sea la invidia…no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa.

CATALINA: Pero mira que tienes mala intención, ¡como si no fuera público y notorio la vida desordenada que, a pesar de los hábitos, lleva nuestro buen Lope!

(Entra Cide Hamete)

MIGUEL: "Pero en efecto le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo".

CIDE HAMETE: (*hablando en árabe*).

TRADUCTOR: en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas,// pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro, de donde procedía toda su mala ventura.// Las cuales dijeron que así lo ha-

cían//, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio y, así, determinaron de visitarle y hacer esperiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese,// y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.// Estando conversando juiciosamente con don Quijote, entró Sancho acompañado del Bachiller…

Tercera salida (casa de Don Quijote, entra Sancho acompañado del Bachiller Sansón Carrasco)

Bachiller: ¡Oh, señor don Quijote, que amparáis a las doncellas y favorecéis a las viudas, sois el caballero más famoso del mundo, como bien demuestra este libro que os traigo!

Caballero del verde gabán: "Este don Quijote es un loco que a ratos se vuelve cuerdo, y su caso es tan extraño que no podrían curarlo ni los mejores médicos del mundo".

Quijote: "¿Has notado, Sancho, cuánto se parece el teatro a la vida? Pues en las comedias uno hace de rey y otro de mendigo, pero cuando se acaba la función y los actores se quitan sus ropas, el mendigo y el rey son iguales. U eso mismo pasa en la vida, donde unos hacen de emperadores y otros de esclavos, pero, cuando llega la muerte y nos desnuda, todos quedamos iguales en la tumba".

Sancho: También dicen que la vida es como el ajedrez, porque, durante el juego, cada pieza hace un oficio distinto, pero, cuando termina la partida, todas se mezclan en una misma bolsa, que es como dar la vida en la sepultura.

Quijote: Cada día, Sancho, te muestras más sabio y menos simple.

Sancho: Será que algo se me ha pegado de vuestra sabiduría, que cae sobre mi corta mollera como el abono en la tierra seca.

Coro:¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Quijote: Bien parece que estos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria.

Bachiller: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.

BACHILLER: Bien sabes, desconocida Quiteria, que viviendo yo tú no puedes tomar esposo, y no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que a tu honra convenía. Pero tú, echando a las espaldas todas las obligaciones que debes a mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío a otro cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura. Y para que la tenga colmada, yo por mis manos desharé el imposible o el inconveniente que puede estorbársela, quitándome a mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!

BACHILLER: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

EL CURA: Señor Basilio, atienda a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo y pida muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación.

BACHILLER: En ninguna manera me confesaré si primero Quiteria no me da la mano de ser mi esposa, que aquel contento me dará aliento para confesarme.

QUIJOTE: Basilio pide una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio como si la recibiera del lado de su padre: Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura.

CAMACHO: Si Quiteria quiere dársela, yo no tengo ningún inconveniente.

EL CURA: Determínese presto, señora, en lo que ha de hacer, porque tiene Basilio ya el alma en los dientes, y no da lugar a esperar.

BACHILLER: ¡Oh Quiteria, que has venido a ser piadosa a tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía!, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza

a tu voluntad, me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

QUITERIA: Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad; y, así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

BACHILLER: Sí doy, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

QUITERIA: Y yo por tu esposa, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos a la sepultura.

SANCHO: Para estar tan herido este mancebo, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma, que a mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

CURA: *(les echa la bendición)*.

CORO: ¡Milagro, milagro!

BACHILLER: ¡No milagro, milagro, sino industria, industria!

QUIJOTE: Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

CIDE: *(en árabe)*.

TRADUCTOR: Lleváronse consigo a don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho.// A solo Sancho se le escureció el alma, por tener que dejar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche;// y así, triste, siguió a su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAMACHO: ¡Que siga la fiesta!

Cueva de Montesinos

CIDE: *(en árabe).*

TRADUCTOR: Don Quijote, deseoso de visitar la Cueva de Montesinos, próxima a una de las lagunas de Ruidera, donde nace el Guadiana, consigue como guía al primo de un licenciado que antes había encontrado en el camino.

DON QUIJOTE: Dígame señor cuál es su profesión.

PRIMO: Yo, señor, soy humanista; me dedico a componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba Metamorfóseos, o Ovidio español, de invención nueva y rara; porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena,El Picuezo y la Picueza, el caballo de Espartero; y esto, con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento a Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que se abrochó un botón, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores: porque vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

SANCHO: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libroSancho: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

PRIMO: Sí sería, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y, siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

SANCHO: Así lo creo yo.

QUIJOTE: Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno las has oído decir.

SANCHO: Calle, señor, que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

QUIJOTE: Más has dicho, Sancho, de lo que sabes; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

CIDE: (En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día,// y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas,// y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proverse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo que, aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de soga, y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva,// cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren).

SANCHO: Mire vuestra merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

QUIJOTE: Ata y calla, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

PRIMO: Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis Transformaciones.

SANCHO: Dios los crea y ellos se juntan.

QUIJOTE: ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.

SANCHO: ¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela a la luz desta vida, que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas!

QUIJOTE: ¡Soga! Más soga…… *(cada vez más lejos).*

Música

MONTESINOS: "Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo stupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre".

QUIJOTE: ¿Es verdad, señor Montesinos, lo que en el mundo de acá [a]rriba se cuenta de que usted saco de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevándole a la Señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte?

MONTESINOS: Verdad es en todo, sino en la daga, porque no fue daga, sino un puñal más agudo que una lezna.

SANCHO: Debía de ser el tal puñal de acero inoxidable.

QUIJOTE: No sé, pero no sería, porque lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos año y no existía tal material; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia.

PRIMO: Así es; prosiga vuestra merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

QUIJOTE: No con menor lo cuento yo; y así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio,

MONTESINOS: "Éste es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía

de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando, como si estuviese vivo?".

DURANDARTE: "¡Oh, mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga".

MONTESINOS: *(Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y, con lágrimas en los ojos, le dijo)*: "Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra; y, por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado, a la presencia de la señora Belerma; la cual, con vos, y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y, aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotroSancho: solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera; Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mesmo nombre; el cual, cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el

sol y las gentes le vean. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas".

DURANDARTE: "Y cuando así no sea, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar".

BELERMA Y SÉQUITO

MONTESINOS: Toda esta gente de la procesión son sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores están encantados, y la última, que trae el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban, o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; "Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo".

QUIJOTE: "¡Cepos quedos!, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí".

MONTESINOS: "Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dul-

cinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo".

SANCHO: Y aun me maravillo yo de cómo vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió a coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

QUIJOTE: No, Sancho amigo, no me está a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

QUIJOTE: ¡La sin par Dulcinea del Toboso!, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos a la salida del Toboso. ¿Conoce usted, señor Montesinos a estas mozas?

MONTESINOS: No, pero imagino que deben de ser algunas señoras principales encantadas, ha pocos días ; y no se maravilla desto, porque aquí están otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conozco a la reina Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino a Lanzarote.

CORO: Cuando de Bretaña vino.

SANCHO: En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

QUIJOTE: Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras.

SANCHO: Ni yo tampoco de las de vuestra merced, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

QUIJOTE: Conocila en que trae los mesmos vestidos que traía cuando tú me le mostraste.

QUIJOTE: ¡Oh, mi señora, Dulcinea….! Habléla, pero no me respondió palabra; antes, me volvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesino.

MONTESINOS: No se moleste, vuestra Merced en hablar a los seres encantados y más bien piense que ha llegado la hora donde le conviene volver a salir de la sima. Andando el tiempo, se le dará aviso cómo han de ser desencantados Belerma y Durandarte, con todos los que aquí estamos.

DURANDARTE: Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos, y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuestra merced, cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle media docena de reales, o los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad".

QUIJOTE: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?".

MONTESINOS: "Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que ésta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se estiende, y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y, pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, según parece, no hay sino dárselos; que, sin duda, debe de estar puesta en algún grande aprieto".

QUIJOTE: "Prenda, no la tomaré yo –le respondí–, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales"; Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor. Diréisle también que, cuando menos se lo piense, oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua hasta desencantarla".

DURANDARTE: "Todo eso, y más, debe vuestra merced a mi señora".

(subiendo a D Quijote)

SANCHO: ¡Oh santo Dios! –dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho–. ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encan-

tadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!

QUIJOTE: Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera –dijo don Quijote–; y, como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

(Arriba)

PRIMO: Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

QUIJOTE: ¿Cuánto ha que bajé?

SANCHO: Poco más de una hora.

QUIJOTE: Eso no puede ser, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó a anochecer y amanecer tres veces; de modo que, a mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra.

SANCHO: Verdad debe de decir mi señor, que, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros nos parece un hora, debe de parecer allá tres días con sus noches.

QUIJOTE: Así será.

PRIMO: Y ¿ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío?

QUIJOTE: No me he desayunado de, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento.

PRIMO: Y los encantados, ¿comen?

QUIJOTE: No comen, ni tienen escrementos mayores; aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

SANCHO: ¿Y duermen, por ventura, los encantados, señor?

QUIJOTE: No, por cierto; a lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

SANCHO: Aquí encaja bien el refrán, de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

PRIMO: ¿Cómo no?, pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

SANCHO: Yo no creo que mi señor miente.

QUIJOTE: Si no, ¿qué crees?

SANCHO: Creo, que aquel Merlín, o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

QUIJOTE: Todo eso pudiera ser, Sancho, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos.

CIDE: La aventura de la cueva de Montesinos está tan fuera de lo razonable que no puede haber en ella nada verdadero.// Pero tampoco es posible pensar que don Quijote pudiera fabricar tantos disparates en tan breve tiempo, ni que mintiese, pues fue el más noble caballero de su tiempo.// Y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo.// Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más;// puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.

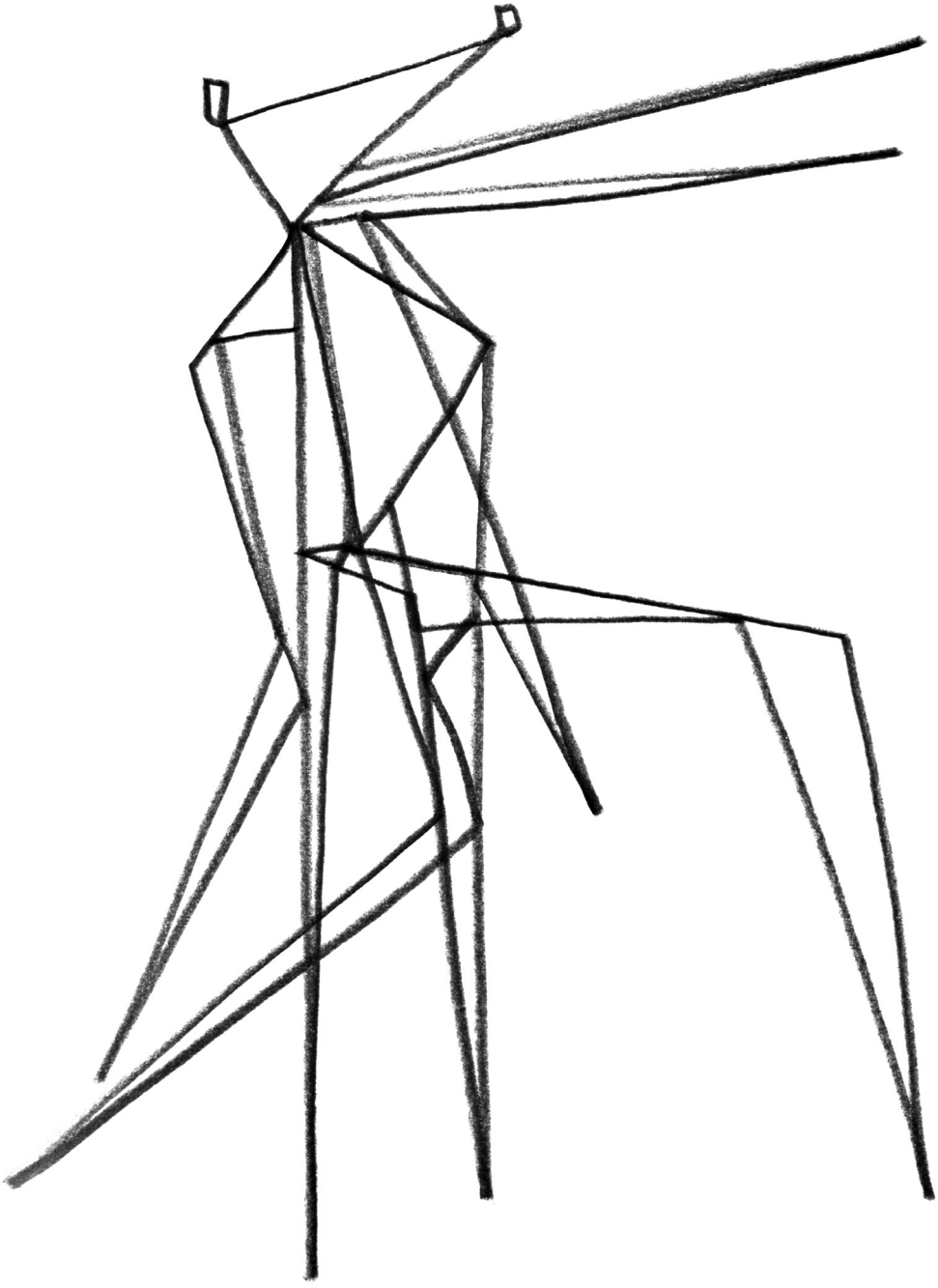
CANCIÓN: *'SUEÑO IMPOSIBLE'*

Con fe lo imposible soñar
al mal combatir sin temor
triunfar sobre el miedo invencible
en pie soportar el dolor.

Amar la pureza sin par
buscar la verdad del error
vivir con los brazos abiertos
creer en un mundo mejor.

Es mi ideal
la estrella alcanzar
no importa cuán lejos
se pueda encontrar
luchar por el bien
sin dudar ni temer
y dispuesto al infierno
llegar si lo dicta el deber.

Y yo sé
que si logro ser fiel
a mi sueño ideal
estará mi alma en paz al llegar
de mi vida el final.

Será este mundo mejor
si hubo quien despreciando el dolor
combatió hasta el último aliento.

Con fe lo imposible soñar
y la estrella alcanzar.